

Daniel López
Larrea

*Cultura y Pensamiento
en Jorge Mañach*

De la teoría de la cultura

El discurso y la acción culturales de Jorge Mañach (1998-1961) en el espacio público nacional están presididos por un concepto clásico-humanista de cultura. Al mismo le son inherentes por lo menos cuatro notas distintivas:

- Carácter subjetivo y personal.
- Universalización del hombre.
- Humanización del hombre (esencia de la cultura).
- Valor espiritual superior con capacidad integradora de lo social.

A diferencia de las formas y valores culturales objetivados por el espíritu o el alma en el mundo, encarnados en productos y bienes materiales relativamente independientes del hombre, aquí es la cultura particular del sujeto con sus ideales, valores y normas, el centro de la sabiduría, de la virtud y del placer frutivo. Entiende la cultura por tanto como una categoría del ser antes que del hacer, del conocer o del tener.

Al poner en relación ontológica sus nociones sobre Cultura, Hombre y Naturaleza, nos percatamos de que su concepción filosófica comprende a la cultura como una creación que tiene lugar y emerge gradualmente del seno de una Naturaleza espiritualizada. No obstante, la cultura constituye un ámbito *sui generis* dentro del ámbito total del ente, radicado metafísicamente y orientado teleológicamente en la Voluntad – a la manera aristotélico-

lamarquiana – pero, incomparable, en definitiva, con los procesos naturales. En algunos hombres de la categoría espiritual de Goethe o de Martí, sostiene Mañach, la capacidad humana creadora de cultura es instintiva, innata. En esta modalidad de la cultura se encuentra la génesis de su teoría del papel histórico decisivo de las elites de cultura, llamadas por él “minorías históricas”.

En cuanto a los factores que aceleran u obstaculizan cualquier proceso cultural, considera muy influyentes el medio geográfico – particularmente el suelo y el clima –, el factor económico-social, las circunstancias históricas y, de manera decisiva, la inteligencia y el carácter nacional de cada pueblo.

De la función social y humana de la cultura

Mediante la cultura, sostiene, los hombres alcanzan objetivos tan valiosos para la personalidad como el de aumentar los nexos de solidaridad con los demás hombres, enriquecer la propia aptitud frente al mundo y, también, darle más sentido, dirección y disfrute a la vida.¹ La cultura consiste en cultivar lo humano en el hombre, diferenciándose así gradualmente de los animales. Es una superior aptitud para gobernar los propios instintos y conciliarlos con los ajenos, un mayor poder de observación y de inferencia para dominar mejor al medio, para adaptarlo y, además, para conformarlo a las necesidades humanas. Entendida como el reino espiritual del hombre, no consiste sólo en afirmarnos sino también en expresarnos, principalmente a través de las obras escritas y productos artísticos. Cultura es, en suma, la energía de la voluntad puesta al servicio de la conciencia estética, intelectual y moral.

Así, el pensador cubano toma distancia de la interpretación vitalista-nietzscheana de la cultura apostando por una visión antropológico-racionalista fundamentada y explicada por el Espíritu.

Por tal razón, la actividad y la realidad de la cultura es una dimensión esencialmente interna del hombre. Cada individuo adquiere su plena personalidad gracias a la cultura (instintiva o aprendida). Al mismo tiempo, todo grupo generacional y espe-

¹ Jorge Mañach: *Propósitos y métodos*, en Universidad del Aire (conferencias y cursos). Investigación, compilación y notas Norma Díaz Acosta, pp. 15-16, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 2001

cialmente la persona individual, aunque insertos en una tradición específica, necesitan no sólo asumirla, también deben recrearla, actualizarla a través de una esforzada disciplina esencialmente individual.

En este contexto conceptualiza como contenidos culturales internos, sobre todo, a los sistemas de valores, a los estilos de pensamiento, de sentimiento y de conducta, además de las normas e ideales. En su dimensión inferior y externa se refiere a la cultura denominándola “civilización”; a ella pertenecen la praxis en general, es decir, las relaciones más eficaces del hombre con el hombre y con la naturaleza. A la civilización también pertenecen la instrucción, la técnica, las ciencias particulares y la industria.² Con esta división un tanto dicotómica y mecánica – aunque interinfluyente – entre Cultura y Civilización, Mañach se inscribe claramente en la órbita de investigación abierta por la filosofía de la cultura en Alemania, división que tiene su comienzo en Herder.

Uno de los aportes más fructíferos del pensador cubano y que debemos recuperar críticamente es su concepción de lo cultural como un proceso de educación antes que de mera instrucción, de formación (*Bildung*) desde la raíz misma de nuestro ser en el orden humanista, moral, científico. Es decir, antes que la posesión por el individuo de la simple información o acumulación de conocimientos generales y especializados, la cultura es una “fécula disciplina del espíritu”, un profundo entrañable anhelo de penetración con todo aquello que es esencial en la naturaleza y en la historia.

En conclusión, se puede afirmar que la particular concepción mañachiana de la cultura responde a la primera modalidad históricamente existente, la *cultura animi* de Cicerón o camino subjetivo-espiritualista de entender las creaciones humanas.

En este sentido, las creaciones culturales dan respuesta a una necesidad vital y espiritual que no se agota en sí misma. Ellas son un poderoso medio para el perfeccionamiento individual, pero también existen en la forma de una comunidad de cultura de un pueblo determinado. La misma sirve de justificación del Estado y no al revés; por lo cual fundamenta y esclarece la cul-

²Jorge Mañach: *Teoría de la Frontera*, pp. 81-83, Editorial Universitaria, Universidad de Puerto Rico, 1970.

tura política, al mismo tiempo que es un factor poderoso de solidaridad y desaparición de las distancias sociales. En otras palabras, para Mañach el desarrollo de la alta cultura constituye el fundamento y la esencia misma del proceso histórico de formación de la nacionalidad.³

Con todo, su aportación tal vez más significativa, original y de un valor central en el momento presente, nos parece el hecho de haberse convencido desde temprano de que cualquier intento de transformación práctica de la vida humana, social, política, económica, es insuficiente y muy limitado en sus posibilidades socio-históricas de realización si no se inscribe en la perspectiva de una radical transmutación cultural de los valores y los sentidos de la vida, de los motivos, de los fines y formas concretas y cotidianas en que los seres humanos se desenvuelven. Precisamente, la preocupación subterránea pero fundamental que late en sus ensayos y artículos periodísticos de corte político, escritos en las circunstancias angustiosas del fragor revolucionario de los años treinta, es la necesidad de difundir y acelerar socialmente la cultura con la finalidad de afirmar un nuevo programa de vida colectiva, una renovación integral de la vida cubana a fin de "crearnos la nación que nos falta". Esta perspectiva culturalista con un sentido estratégico y la intervención crítica que desarrolla para materializarla, lo distinguen de sus contemporáneos y lo convierten en una suerte de visionario, un adelantado de la revolución cultural en marcha actualmente.

La problematización crítica del carácter del cubano y de su cultura, junto a lo que Rafael Rojas ha calificado como el "desmontaje intelectual de la República" constituyen los dos ejes transversales de la reflexión culturalista de Mañach.

Parece oportuno aclarar, sin embargo, que —paradójicamente— se trata de una tarea intelectual sin concesiones a la realidad por parte de un académico no academicista, de un agudo ensayista y elegante crítico de arte sumergido completa, deliberadamente, en el debate agónico del espacio público, con una intermitente militancia política pero de una poco co-

³Jorge Mañach: "La cultura representa la suprema personalidad de una nación y, por consiguiente, la más fuerte garantía de su persistencia y albedrío". Tomado de "La crisis de la alta cultura en Cuba", en *Ensayos*, selección y prólogo de Jorge Luis Arcos, p. 34, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1999.

mún conscuencia ideológica y responsabilidad ética. De lo anterior se evidencia que su múltiple reflexión no es un intento de teorizar por teorizar; por el contrario, su teorización es concreto-situada y se apoya en un bagaje filosófico, histórico y psicológico admirable. En consecuencia, su trayectoria como ideólogo del grupo convertido después en partido político ABC, su fructífera participación en la Convención Constituyente de 1940, su incorporación al Partido Ortodoxo en 1947 y el posterior abandono del mismo, unido al decidido apoyo a los moncadistas, representan esfuerzos que lo conducen —de acuerdo con documentos personales, al proyecto, finalmente frustrado, de fundar un llamado “Partido de la Nación Cubana” hacia 1954.

Por coincidencia no tan casual con su contemporáneo el filósofo mexicano Samuel Ramos, a quien le aproximan tantas preocupaciones comunes, pero desde una menor densidad filosófica que en la concepción ramosiana de la cultura, comienza su intervención crítica justo en el momento en que se inicia la crisis de las ideologías políticas y de la estructura socioeconómica postcolonial. Ambos, en viajes paralelos al del pensador español don Américo Castro —aunque desde diferentes coordenadas filosóficas— comienzan casi simultáneamente una averiguación por el devenir histórico del ser nacional de sus respectivos países, sus aciertos, sobreestimaciones y desvíos por parte de la conciencia colectiva. La significación teórica y social de tales averiguaciones es intrínsecamente problematizadora y por tanto esclarecedora, descodificadora del pasado histórico. Por ello mismo, constituyen diagnósticos terapéuticos encaminados a iluminar las necesidades, intereses y perentorios anhelos de la problemática nacional de cuya concientización resolutive depende, en importante medida, el curso real y las posibilidades más efectivas del proyecto colectivo de vida por crearse.

En el caso específico de Mañach, la desafiante inmersión teórica en las profundidades del carácter nacional puede tal vez acusar visos más dramáticos que en aquéllos, toda vez que constata desde temprano lo embarazoso de interpretar una realidad que, debido a su juventud histórica, no ha logrado fructificar en un verdadero Estado-nación. Entre esas anomalías idiosincráticas —aunque no totalmente negativas— sitúa el choteo devenido “vicio nacional” y “rasgo típico de nuestra cubanidad”.

Otros fenómenos psico-sociales indagados por él que contienen también afirmaciones y negaciones son el juego de azar, la “bola” (rumor clandestino con intención política), la crisis de las costumbres tradicionales y la apoteosis de la crónica social en la Primera República.⁴

Lejos de consistir en una mera óptica astigmática, su reflexión crítica pone al descubierto con verdadera profundidad analítica, rigor metodológico y poder de síntesis el claroscuro y los relieves — más que el contorno— del alma nacional desde una perspectiva hispanista pero trasvasada por un afán de universalidad.

La suerte de autognosis de la cubanidad que desarrolla la inscribe dentro de una ensayística que, desde diferentes ángulos, se preocupa por comprender sintéticamente, a la luz del supuesto nacionalista, la evolución histórica del proceso cultural cubano. La crónica, el artículo de costumbres, político, con interés socioeconómico, configuran una numerosa producción periódica que refuerza y puntualiza aquel esfuerzo sintético mediante una penetración sistemática en los diferentes estratos y manifestaciones de la psicología y la realidad social cubanas.

Más allá del indudable valor de sus ensayos y artículos circunstanciales, se percibe en el intelectual cubano una sostenida intención de *crítica de la cultura*, pues su labor no se reduce a la mera descripción o explicación del hecho artístico; más bien intenta comprenderlo — desde un enfoque axiológico-valorativo — a contraluz de un determinado espíritu de época, con sus preocupaciones y actitudes intelectuales distintivas.⁵ Convencido de la premisa de que “frente a la realidad no cabe sino una aptitud inicial: la de aceptarla y comprenderla”.⁶ Presupuesto ineludible éste para forjar una conciencia crítica alerta ante el tornadizo sesgo de las circunstancias, afincada en el propósito de alcanzar una cultura superior, un noble estilo de vida, y la conversión final de la Patria en una verdadera Nación.

Tan entrañables y decisivas finalidades del vivir colectivo remiten, inevitablemente, al por qué de su énfasis en la necesidad de entender la cultura como la capacidad —ejercida responsa-

⁴Jorge Mañach: *Pasado vigente*, Editorial Trópico, La Habana, 1939.

⁵Jorge Mañach: “Vanguardismo”, en *Revista de Avance*, prólogo y selección de M. Casanovas, pp. 60-72, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1972.

⁶Jorge Mañach: *Pasado vigente*, p. 174, Editorial Trópico, La Habana, 1939.

ble y racionalmente— para diversificar los modos de existencia y para advertir, discernir, valorar, la importancia y trascendencia de las cosas. La cultura es un esfuerzo reflexivo que permite acceder críticamente y dilucidar el proceso de formación y crecimiento de nuestro ser histórico. La misma implica una toma de conciencia, una voluntad de autoconocimiento, y es un poderoso factor de movilización social que debe articular la renovación extensa y profunda de todas las zonas y estratos de la realidad a fin de materializar una “enérgica conciencia cubana”.

Consagrado a este empeño, en el apogeo de la inestable y acelerada situación política post-machadista, en una de sus conferencias radiales apuntó: “Cuba está pues, también por conocerse a sí misma; por conocer su tradición [espiritual y material -DLL] y su realidad actual. Cualquier esfuerzo serio de cultura que se haga en esta nueva era de posibilidades revolucionarias tendrá que partir de ese conocimiento. La labor misma de formación de un nuevo espíritu popular, tendrá que contar con difundirlo. Para que el pueblo cubano se movilice definitivamente hacia la realización de un noble estilo de vida colectiva y de su mejor destino histórico, es preciso que conozca la ilusión y el sacrificio de que se hizo nuestro pasado, y la frustración y el dolor de que está hecho nuestro presente”.⁷

Un acercamiento desprejuiciado y honesto, es decir, consecuente con sus ideas y convicciones político-sociales, echa por tierra la tan difundida idea, muy útil a una izquierda dogmática e incapaz de percibir el paisaje histórico de fondo, de un Mañach reaccionario y netamente conservador, partidario a lo sumo de una lenta evolución a través de reformas educativas, reducido al papel de ideólogo de una burguesía liberal-nacionalista, para colmo, inexistente o al menos desdibujada como proyecto político. Baste aclarar que ninguna ideología o discurso intelectual es completamente monolítico o históricamente injustificado.

En realidad, su elitismo y su aristocratismo espiritual —procedentes del humanismo greco-romano— reconoce la legitimidad del necesario avance social de las masas y solamente se opone a su ascenso mecánico al poder provista de una escasa cultura cívico-política. Esto hubiera configurado tal vez un absolutismo de nuevo cuño, clausurando con ello sus propias po-

⁷Jorge Mañach: *Pasado vigente*, p. 268, Editorial Trópico, La Habana, 1939.

sibilidades históricas. De ahí su batalla por nacionalizar la enseñanza, universalizar el saber sacándolo del recinto privilegiado de las aulas, ante todo, por medio de su ambicioso programa radial de la *Universidad del Aire* en sus dos épocas. En esta importante institución cultural participaron cientos de profesores e intelectuales competentes, algunos declarados adversarios ideológicos y estético-artísticos del propio Mañach.

Este supuesto ideólogo burgués, no recuperado por la derecha ni reivindicado por la izquierda se opuso decididamente a la racionalidad instrumental, fue crítico de la fragmentación del saber moderno, de la excesiva parcelación de las ciencias, de la "barbarie del especialismo", y del culto a la eficacia económica. El poseer un espíritu cosmopolita no le impidió, sin embargo, revelar la espiritualidad e identidad cubanas. Fue un forjador de conciencia histórica y activo animador cultural, a quien esos sectores burgueses (en realidad oligarquía tradicional) jamás le prestaron apoyo económico alguno y fueron indiferentes a su intento de llevar la *Universidad del Aire* a los flamantes medios televisivos.

No se ha comprendido su fuerte compromiso con la eticidad martiana y su particular concepción de la Revolución integral de Cuba, como un proceso más fructífero y pleno y no un simple "maratón de reivindicaciones socioeconómicas" sin vínculo con el pasado. Para Mañach, antes que un acontecimiento político una revolución es "la serie de conquistas que un pueblo se halla en aptitud de realizar después de haberse desasido de ciertas ligaduras de su voluntad".⁸ Aquí el concepto de Revolución es más una realidad ética y cultural que política; parte de la conciencia y la responsabilidad individual hasta alcanzar el plano de la sociedad.

En consecuencia, los que le acusan de asumir una neutralidad pasteurizada en relación con la cultura ponen los ojos en blanco para no enterarse de su labor, desde inicio de los años treinta, para diseñar una política de la cultura. En realidad su intención de fondo fue impedir la subordinación mecánica a intereses clasistas parciales y a factores materiales cuya importancia no deja de reconocer. No se ha comprendido que la función social del intelectual auténtico no es aceptar acríticamente,

⁸ Jorge Mañach: *Pasado vigente*, p. 264, Editorial Trópico, La Habana, 1939.

en nombre de valores e intereses humanos colectivos, determinada visión de la realidad, los tópicos y las etiquetas convencionales de los grupos, clases y estratos sociales. El intelectual humanista, según Mañach, debe intentar comprender y ayudar a comprender, propiciar el diálogo, la confianza mutua y esclarecer situaciones prácticas con la finalidad de que se pueda, colectivamente, diseñar alternativas viables. Porque en opinión de nuestro pensador la dignidad colectiva es tan esencial como la individual.

Su propia toma de posición y enérgico activismo en el espacio público confirmaron consecuentemente la fuerza y la validez de su concepción del rol del intelectual en el mundo contemporáneo.

En este sentido, aunque consideramos errónea su idea del intelectual situado al margen de las clases, justipreciamos su peleadora actitud contra los dogmatismos radicales —de los cuales él mismo no salió ileso—, ante los mitos colectivos ocultadores del pensamiento, y además, su intento por comprender integralmente los problemas sin perder la serenidad.

Del pensamiento como síntesis de la realidad cultural

Filosóficamente, Mañach está situado en la línea de la constelación epistemológica cartesiana, comparte sus características fundamentales e igualmente concibe a la intuición como intuición sensible o racional. Como el fundador de la “filosofía de la conciencia” se apoya teóricamente en San Agustín, Platón y Aristóteles. De ahí la presencia en su reflexión de un existencialismo de corte cartesiano-agustiniano. También recupera el concepto de “voluntad” de Maine de Biran; además, la intencionalidad de la conciencia y de la experiencia en general, de acuerdo con la concepción de los valores de la escuela de F. Brentano.

Su tesis del condicionalismo axiológico parece surgir de una combinación del subjetivismo axiológico de Ch. Erhenfels, quien funda el valor en el deseo y lo concibe relacionamente, y de los dos polos de la constelación epistemológica de R. Descartes — sujeto cognoscente y objeto conocido —, en función de la condición incondicionada del conocimiento que descansa sobre ambos.⁹ Al conectar ambos términos a través de la categoría de “relación” se configura

⁹Trías, Eugenio: *La filosofía y su sombra*, p. 139, Editorial Seix Barral, S.A., Barcelona, 1969.

un circuito cerrado sujeto-objeto que explica su preferencia por la argumentación circular y el método analógico: la búsqueda de la semejanza entre las cosas y de una visión de la interrelación Hombre-Mundo en la forma de un sistema armónico de correspondencias. Con todo, nos parece justificado postular eclecticismo alguno en el pensamiento del filósofo, toda vez que el espiritualismo es el inconfundible hilo rojo ininterrumpido que vincula a todas esas influencias teóricas. Espiritualismo revestido de un naturalismo evolucionista pero formal-aristotélico, no material-darwinista.¹⁰

Si se pudiera caracterizar su reflexión filosófica con una frase, nos parece que la finalidad última que se propone es la fundamentación axiológica de la norma ética y del saber humanístico, apoyándose en la indistinción metodológica de Brentano entre las ciencias de la naturaleza y las ciencias del espíritu. Tomando en cuenta tales fuentes teóricas, se puede entender por qué su esquema teórico-conceptual está subsumido lógicamente, cognoscitiva y metafísicamente, dentro de un sicologismo que opera un tanto en sentido reduccionista.

Este andamiaje conceptual (axiológico, antropológico, cosmovisivo) propio de un sector emergente de la filosofía europea de fines del siglo XIX, articulado desde las coordenadas del idealismo inmanentista del racionalismo clásico-moderno, no le impide, sin embargo, cultivar el conocimiento humanístico no utilitario y contemplativo, desinteresado de manipulaciones prácticas inmediatas, que asume con serenidad el precipitado de la experiencia. Saber humanístico que conjuga con un temperamento polémico, una actitud lúcida crítica y el respeto de la opinión ajena. Se nos presenta así al filósofo y, por sobre todo, al pensador, reunidos en la misma persona, si damos crédito a sus propias palabras: “el filósofo es impasible y desinteresado; el pensador hierve de preocupaciones por lo inmediato, por lo histórico. El filósofo, como el sabio, es paciente; el pensador tiene la impaciencia del artista, porque, a la manera de éste, quisiera recrear, volver a crear a su manera el mundo que contempla”.¹¹

¹⁰ MAÑACH, JORGE (1951): “Para una filosofía de la vida”, en *Para una filosofía de la vida y otros ensayos*, Editorial Lex, La Habana.

¹¹ _____ (1999): *Esquema histórico del pensamiento cubano*, en *Historia y Estilo*, Editorial de Ciencias Sociales, selección y prólogo de Jorge Luis Arcos, p. 131, La Habana.

Bajo estos presupuestos el pensamiento de J. Mañach transparece en una forma poco ortodoxa y nada canónico-doctrinal. Al mismo tiempo, lo busca y encuentra en campos tan diferentes como la ciencia, la ideología, la Historia y la poesía (“también los poetas especulan a su modo”).

Considera que todo pensamiento es pensamiento crítico o no es. En segundo lugar, el pensamiento opera sintetizando las diferentes tendencias y orientaciones de la cultura. Es decir, lo considera una importante realidad cultural con una función histórico-social influyente, relevante.

No obstante la validez de lo antes expuesto, se pueden apreciar significativas limitaciones en su pensamiento: la sublimación del papel creador y de la influencia ideológico-política de las personalidades de la cultura, la sustantividad del pretérito histórico, la relatividad de su esfuerzo sintético comparado con la realidad que interpreta. Limitaciones que en importante medida se explican por la tendencia dominante en el pensamiento clásico-humanista de encerrar al hombre en el mundo del Arte y las Bellas Letras.

Ahora bien, el pensador cubano —fiel a sí mismo— se preocupa por interpretar y valorar las ideas de influyentes personalidades intelectuales (Varona, Martí, Goethe, Ortega, Dewey), que además de su significación filosófica dedicaron su vida a problematizar críticamente, a repensar los problemas e ideas educativos, sociales y culturales presentes en sus respectivas realidades nacionales. Todos ellos vinculan a la abstracción teórico-conceptual la intención de reformar, y aún, a veces transformar efectivamente la condición humana y la vida social. La razón fundamental de tan peculiar foco de atención es que Mañach busca en los pensadores y en el pensamiento el ingrediente orientador y axiológico, es decir, la atención a los fines humanos, la apertura del sentido, las significaciones que trascienden la obra, susceptibles de convertirse en normas de actuación.

Comparte también ciertas características intelectuales propias de la Modernidad: como el conceder al pensamiento capacidad suficiente para integrar, organizar, prever y acrecentar la eficacia rectora de las ideas; no en el sentido eficientista y utilitarista propio de los constructos científico-naturalistas de la segunda mitad del siglo XIX. Aunque el pensamiento en su

marcha histórica es intencionalmente autónomo no se produce automáticamente; está condicionado en su origen y evoluciona por la realidad social y económica y por la cultura, la cual necesita haber rebasado los límites impuestos por el mero interés.

Así, como conjunto de superiores disciplinas de la alta cultura y parte importante de la superestructura ideológica de la sociedad, el pensamiento, sostiene nuestro pensador, lejos de ser un producto pasivo, adjetivo y reflejo de su contexto, desempeña un papel activo, crítico, desengañador y vinculante, en cuanto denuncia y deslegitima los prejuicios, taras y vicios racionales sustentados por las dogmáticas y la inercia mental; socava abierta o sutilmente el oficialismo en la cultura y su alianza con el conservadurismo tradicional y la religión, meritoria labor que reconoce en el ideario de Luz y Caballero; el pensamiento es un instrumento cognoscitivo y un arma ideológica que esgrime la conciencia nacional para alcanzar sus fines emancipatorios y humanos.

En suma, el discurso mañachiano opone una sutil resistencia a la Modernidad en tanto se propone "introducir el espíritu clásico en el afán moderno". Antes de valorarlo atendiendo con su probable funcionalidad político-ideológica, debemos calibrarlo de acuerdo con las características intrínsecas, el valor y el sentido de su reflexión filosófica, que fundamentan el resto de su producción crítica en diferentes parcelas del pensamiento. Como ha puesto en claro el filósofo Miguel Rojas, la obra de Mañach contiene una importante contribución a la teoría de la cultura y a su función social.¹² Todavía más: él es el último de los intelectuales-conciencias y, de alguna manera, tomando en cuenta nuestra tradición filosófica y el contexto y momento en que reflexionó, el primer filósofo de la cultura cubana.

¹²ROJAS, MIGUEL (1998): "La herencia cultural y el condicionalismo axiológico de Jorge Mañach", en Rojas, Miguel y P. Guadarrama: *El pensamiento filosófico cubano en el siglo XX (1900-1960)*, pp. 137-154, Editorial Félix Varela, La Habana.